

## V A R I A

### DOS OBRAS SOBRE EL PALEOLÍTICO SUPERIOR EUROPEO

La reciente aparición de dos obras de gran densidad científica sobre problemas del Paleolítico superior europeo nos mueve a dar un resumen de su apretada doctrina, no siempre fácil de seguir, reuniéndolas en esta nota y comentario, a pesar de que su contenido, su propósito, sus métodos y puntos de vista son bastante contrapuestos, ya que reflejan posiciones con frecuencia antagónicas de dos escuelas, sin duda las más importantes entre las jóvenes tendencias que en el país vecino estudian, con método cada vez más perfecto, esa rica etapa del Occidente, que en cierta manera constituye el momento más enjundioso de la auténtica Prehistoria europea.

Seguiremos el orden en que han llegado a nuestras manos, y así empezaremos por la obra de Georges Laplace, que es además la de propósitos más amplios de las dos.<sup>1</sup>

El examen y crítica detenidos de esta importante obra requerirían un tiempo y un espacio de que no disponemos. Sin duda, se esté o no de acuerdo con las audaces hipótesis de Mr. Laplace, nadie dejará de reconocer que se trata de un intento ambicioso, que ha de tomarse con muy seria reflexión.

Es bien sabido que nos hallamos ante un momento decisivo en el estudio del Paleolítico superior occidental. En los últimos quince años se han elaborado varios sistemas, y han brotado una serie de intentos con el afán de superar la etapa primera, un poco elemental, en el estudio de aquel periodo. Al análisis puramente tipológico interpretado con criterios subjetivos ha sucedido el empleo del método estadístico y las fórmulas matemáticas para señalar los índices de frecuencia de una pieza o de una técnica. Hasta aquí todos estamos de acuerdo. Las discrepancias empiezan cuando hay que concretar los tipos y nomenclaturas que han de servir para la clasificación, base esencial sobre la que luego actuará la estadística.

Por desgracia no existe acuerdo sobre una clasificación de los útiles de esa rica etapa, y cuantos sistemas se han dado presentan puntos débiles

1. LAPLACE, Georges, *Recherches sur l'origine et l'évolution des complexes leptolithiques*. Ecole Française de Rome. Melanges d'Archéologie et d'Histoire. Suppléments, 4. X + 586 págs., 24 tablas, numerosos gráficos y planos, 25 láms., que comprenden numerosas figuras. E. de Boccard, París, 1966.

que explican la falta de unanimidad. Y así, lo que hubiera podido significar un avance decisivo se ha convertido hoy, por dicha falta de criterio unánime entre los prehistoriadores, en una serie de caminos divergentes, en el que cada grupo o escuela se mueve a su arbitrio, resultando difícil para quien, de buena fe, busca una orientación clara, el decidirse por uno o por otro sistema.

En todo caso nadie culpará a Mr. Laplace de que no haya expuesto con toda la claridad que el sistema permite y con apoyo de numerosas observaciones propias, tablas y gráficos, sus razonados puntos de vista. Este autor conoce hasta el menor detalle la técnica del sílex. Acaso se apasiona por las minucias de ejecución, a las que tiende a dar un valor que en algún caso puede parecer excesivo. Y su ambición sin duda es grande, ya que se propone solucionar algunos de los misterios que envuelven con densa niebla los perfiles del Leptolítico, denominación que acepta, como hizo Breuil, y de la que no se puede negar que resulta cómoda.

Los ambiciosos propósitos del autor se ven servidos por una presentación generosa, una edición excelente, en que no se han economizado tablas y láminas, ni amplios espacios para las monótonas listas tipológicas.

La primera parte de la obra está dedicada a la tipología analítica. El autor insiste en que el término Mesolítico ha de ser rechazado, debiendo incluirse tal etapa en el Paleolítico superior. En primer lugar hace la crítica razonada de lo que llama tipología morfológica clásica. Para salir de la misma, otros autores (Bordes, Escalón de Fonton, Lumley) plantearon sus sistemas. Laplace hace la crítica de esos sistemas, aun reconociendo sus méritos, y que marcan un progreso. Del de Bordes dice que conserva las formas clásicas; el de Escalón puede ser calificado de clasificación selectiva, acentuando el papel de los tipos que muestran la facies característica de una cultura.

Frente a esos y a otros sistemas el autor presenta su tipología analítica, que se basa en la observación de los caracteres morfológicos y técnicos únicamente. Por ello rechaza los nombres dados a los útiles derivados de su supuesta función, de la estratigrafía, del conjunto cultural, del tamaño relativo y de la toponimia.

Fijándose sólo en los caracteres morfológicos y técnicos encuentra únicamente ocho clases de residuos del lascado de un núcleo. Así, al agrupar todas las piezas nucleiformes dentro de los núcleos como restos del «debitaje» de núcleos, elimina el problema, que tanto nos perturba a todos los paleolíticos, de los cepillos, raspadores y buriles nucleiformes.

En cuanto al retoque, en él se puede considerar el modo (simple, abrupto, plano, levantado), la amplitud (marginal, honda), la delineación (continua o denticulada) y la orientación (directa, inversa, mixta, alterna, biface).

Así forma catorce grupos tipológicos, que se agrupan en cinco familias y que, a su vez, se dividirán en ochenta y cinco tipos primarios.

Los catorce grupos tipológicos son los de buriles, raspadores, troncuras, picos, puntas de dorso, hojas de dorso, dorso y troncuras o protogeométricos, geométricos, piezas de retoque plano o foliáceos, puntas,

hojas retocadas u hojas-raedera, raederas, hojas de retoque abrupto o abruptos, denticulados; más el grupo de diversos. A su vez, estos tipos se agrupan en cinco familias, excluidos los «diversos»: buriles (un grupo), raspadores (un grupo), piezas de dorso (seis grupos), foliáceas (un grupo); el resto (cinco grupos) se reúne en otra familia en la que el autor busca una especie de substrato básico.

Demos como ejemplo los tipos primarios que abarca el grupo de los buriles, que son siempre, en cierto modo, la piedra de toque de toda clasificación: Buril sencillo de una cara, buril sencillo de dos caras recto, buril sencillo de dos caras ladeado, buril simple o sobre fractura con retoque de tope, buril sobre fractura, buril sobre retoque con cara lateral, buril sobre retoque con cara oblicua, buril sobre retoque con cara transversal, buril sobre retoque con retoque de tope. O sea, nueve tipos primarios a los que hay que añadir todavía tres tipos secundarios y cuatro tipos de buriles asociados (múltiples).

Y así podríamos seguir describiendo las restantes familias tipológicas, a las que se aplica con rigor ese criterio puramente morfológico.

No deja nunca de ser interesante la polémica más o menos franca entre los «grandes» del Paleolítico francés sobre este punto. ¿Hay que clasificar los útiles por su forma externa, por la técnica que se empleó al fabricarla o por su utilización, que muchas veces ignoramos cuál fuera? Una hojita de dorso rebajado, ¿irá con todas las hojas y puntas de dorso rebajado, sean del tamaño que sean? (y ¿quién señala el límite entre grandes, medianas y pequeñas?); o bien, basándonos en su destino, ¿colocaremos, como hace Mme. Bordes, la microgravette en el grupo del utillaje lamelar?

Notamos, sin embargo, algunas ausencias en el sistema descrito. Por ejemplo no parece que se deban incluir las puntas de aletas y pedúnculo confundidas con las simplemente pedunculadas; las puntas solutrenses asimétricas carecen asimismo de personalidad. Lo mismo ocurre con el microburil. Creemos discutible el prescindir de los útiles dobles, ya que su índice no puede dejar de ofrecer interés.

Una vez descritos los tipos básicos para una clasificación, pasa el autor a exponer su método de análisis de una industria, por medio de símbolos y abreviaturas que acaban de precisar aquélla. Pero este es uno de los puntos más discutibles del sistema, ya que se complica acaso innecesariamente la interpretación de los materiales de un yacimiento. El autor establece hasta doce símbolos o series de abreviaturas, que abarcan hasta unas sesenta indicaciones. Se alcanzan así definiciones como las siguientes, que damos como muestra:

G 2 (G 7 dej.) [L 2 prox. D 2 mg. inv.]

que significa: raspador frontal largo tendiendo al raspador de morro destacado, ladeado, presentando en el borde un retoque simple profundo, continuo, directo, proximal, y en el otro borde un retoque simple marginal, denticulado, inverso total.

O bien

$$\frac{\overline{b\ c1} - \overline{b\ c2}}{\overline{b\ c2}} \text{ [T 2 conc + D1 prof., dir., bil.]} \\ \overline{b\ c2} \text{ prox. [P D 3 bil]}$$

que significa: picos ladeados gemelos formados por una truncatura normal cóncava y dos muescas profundas directas bilaterales, opuestas a un pico recto proximal formado por dos puntas de muesca sobre hojita.

Por último los índices empleados habitualmente por el autor son los siguientes: de tipo primario, de categoría tipológica, laminar, de micro-litismo, de útiles múltiples o compuestos. Los límites para el tamaño de las hojas se fijan en 10-12 cm. para separar las grandes hojas de las hojas, 6-5 cm. para separar las hojas de las hojitas («lamelles») y 3-2,5 cm. para separar las hojitas de las microhojitas.

El último apartado de este capítulo II es muy importante, ya que hace referencia a la representación gráfica, tema de gran actualidad. Examina el diagrama en *bastones*, que uniendo sus extremos dan el polígono de frecuencias, que puede ser acumulativo (sistema Bordes). O bien en vez de líneas se usan rectángulos y se obtiene el llamado *histograma*, que también puede ser acumulativo. El rectángulo tiene la ventaja de que permite en cada caso, por medio de subdivisiones horizontales, el precisar los tipos primarios; así, en el rectángulo de buriles, el espacio blanco significa los buriles simples; el rayado, los buriles sobre fractura, y el negro, los buriles sobre retoque.

Laplace utiliza los bloques índices elementales, los bloques índices esenciales (para las cinco familias de utillaje) y los bloques índices desarrollados, en los que cada grupo tiene su histograma acumulativo.

El capítulo III está dedicado a las estructuras y complejos industriales. El autor se inclina a explicar los cambios industriales por la evolución sobre el terreno, impuesta por los cambios ambientales, huyendo de la explicación por migraciones siempre que sea posible. Las corrientes culturales, en cambio, son innegables, y es así como puede explicarse la neolitización del Leptolítico de los Pirineos y de Cantabria, al enriquecerse el fondo tradicional salido del Magdaleniense a través del Aziliense con algunos elementos extranjeros.

Luego el autor aplica los principios expuestos hasta aquí al estudio de varias etapas importantes del Paleolítico superior, a base de lo que llama complejo industrial, con frecuencia inestable y del que puede estudiarse la evolución interna. Sobre estas bases analiza el Musteriense de tradición achelense de los niveles superiores de Pech de l'Aze I, el Castelperroniense de La Chèvre, el Leptolítico arcaico de la cueva del *Cavallo* en Uluzzo (Otranto, Italia), el Auriñaciense de la Cueva de las Abejas en Montmaurin (Alto Garona), el Auriñaciense típico de La Ferrassie, el Gravetiense de Riparo Mochi (Grimaldi), el Gravetiense de Willendorf II, el Solutrense de Fourneau du Diable, el Tardigravetiense de la cueva del Barranc Blanc, el Magdaleniense de La Madeleine, el Magdaleniense y el Aziliense de Villepin, el Tardigravetiense de Palidoro, el Tardigravetiense

de la cueva de Ponte Lucano (o Polesini) en Tivoli (Italia), el Tardigravetiense de la cueva Romanelli, el Tardigravetiense de la cueva de Arene Candide, el Tardigravetiense de la cueva de S. Teodoro (Sicilia), el Montadiense del Abrigo Cornille, el Arudiense de la cueva de Poeymaü, el Capsiense típico del abrigo 402 (Mularès, Túnez), el Capsiense superior de Faid Suar II (Constantina), el Capsiense superior de la cueva de Ain Kuka (Túnez central) y el Iberomauritánico de la cueva de Afalu-bu-Rhummel.

Nos interesa sobremanera el estudio del Barranc Blanc, cuya excavación atribuye el autor a nuestro buen amigo y colega D. Fletcher. En realidad, lo excavamos en varias campañas en que colaboraron Pla, Alcobé y otros, y preparamos actualmente la publicación. Por ello dudamos que el autor viera todos los materiales y comprendiera nuestra estratigrafía.

En conjunto lo clasifica en la serie de yacimientos que llama de grupo sensible, principal oscilante y orientados, con grupos sensibles secundarios oscilantes y orientados, y conjunto de complejos estático atenuado. Indudablemente su concepción del yacimiento difiere de la nuestra, sin duda tradicional, ya que tenemos en cuenta los elementos de influencia magdalenense en los niveles superiores y una larga etapa solutrense para terminar con un epigravetiense o gravetiense simple en las capas más profundas.

Estudia, por último, en esta primera parte, el método geográfico en relación con la tipología analítica, y la familia filética de complejos. La aplicación de esta última al Iberomauritánico y al Capsiense explica, según el autor, la génesis del Capsiense antiguo por mutación de un ciclo iberomauritánico que se da en yacimientos como el de Sidi-Mansur.

Como conclusión de esta parte, Laplace afirma haber elaborado un sistema simple y sin ambigüedad y una tipología coherente. Si los resultados no son siempre satisfactorios, dice, ello se debe en gran parte a la imperfección de las excavaciones que no nos permiten a veces poseer series completas.

Una segunda parte se dedica a los niveles auriñacienses y la hipótesis del sintetotipo. Estudia el problema del Perigordiense frente al Auriñaciense, las teorías de Breuil, Peyrony y sus sucesores, para presentar sus propios resultados al aplicar su tipología analítica. Se encuentra entonces el autor con el problema de los más antiguos niveles del Leptolítico, en los que se unen elementos castelperronienses, pregravetienses y preauriñacienses. Tal polimorfismo ha sido interpretado de diversas maneras por los autores franceses (mezcla de niveles distintos o recogida de piezas y fabricación accidental para Bordes, hibridación para Delporte). Laplace se inclina por un polimorfismo de base y busca apoyo en la hipótesis de los centros genéticos de N. Vavilov y la teoría de la cosmólisis de A. C. Blanc. Para tal fenómeno encuentra el autor un nombre propuesto por nuestros colegas barceloneses señores Crusafont y Truyols: la del sintetotipo.

Lanzado por este camino, Laplace llega a intentar una verdadera filosofía de la Prehistoria. Tras una fase larga preapogeica de inmovilidad relativa o de movimiento muy lento, sucede una fase preapogeica de aceleración brusca, a la que siguen las fases apogeicas nodal y de diferenciación.

y termina con la fase postapogeica de segregación y especialización. Esto podría aplicarse a todos los florecimientos culturales. Aquí, Laplace detalla los yacimientos en los que ve aparecer los complejos diferenciados y razona la derivación de los grandes complejos leptolíticos de los complejos del sintetotipo. Así las teorías clásicas del origen del Auriñaciense y del Gravetiense en las estepas del Norte de China y en el Próximo Oriente, respectivamente, cederían el lugar a otras explicaciones mucho más complicadas y que para Laplace se basan en la evolución sobre el terreno. Al final, el gravetiense se dispersa en los diversos complejos del Leptolítico superior o Epigravetiense.

Si se sitúan en un mapa las estaciones donde aparece indiferenciado el sintetotipo y las estaciones donde éste aparece diferenciado, se aprecia la irradiación evolutiva a partir de un centro genético, con un foco en la cuenca carpática. En la Dordoña se encuentra el núcleo mayor de estaciones del sintetotipo indiferenciado. En Cataluña, Liguria y Toscana señala la presencia de complejos de hojas de dorso marginal. Habría así un sintetotipo indiferenciado atlántico y un sintetotipo de la cuenca carpática. Las zonas de sintetotipo indiferenciado pueden convertirse luego en centros de conservación.

Pero Laplace cree en la poligénesis del Leptolítico, y en este caso habría que aceptar un sintetotipo atlántico o franco-cantábrico cuyo centro genético coincidiría con el área del Musteriense de tradición achelense con denticulados, un sintetotipo mediterráneo central o itálico (cueva del Cavallo), un sintetotipo mediterráneo oriental o del Oriente medio (cueva de Jabrud), un sintetotipo de la cuenca carpática o de Europa central y acaso un sintetotipo de las estepas de Europa oriental y otro del Ordos.

En el capítulo IX de esta II parte, Laplace estudia el Auriñaciense inferior, que es interesante sobre todo en cuanto afecta al Szeletiense, la discutida fuente del Solutrense. Estudia los yacimientos clave de Checoslovaquia, las teorías de Prosek y de Freund, según las cuales el Auriñaciense, actuando sobre un Presolutrense o un Musteriense carpático, daría lugar al Protosolutrense o al Szeletiense, el proceso de leptolización que da lugar a la formación de complejos auriñacoides en relación con el sintetotipo carpático, el Gravetiense oriental que puede surgir de un Auriñaciense con foliáceos enriquecido por las piezas de dorso y en todo caso rechazándose la explicación «perigordiense». Como conclusión, Laplace propone sustituir a la idea de la unidad auriñaciense, la de pluralidad, y a la de corrientes humanas o culturales, la de difusión en estratos partiendo de un centro genético. A ambos principios responde la solución de un sintetotipo auriñaciense que, movido por la oscilación climática interstadial y actuando sobre el Musteriense de tradición achelense terminal atlántico, el Musteriense de piezas foliáceas de la cuenca carpática y el Musteriense de piezas foliáceas de Kubán y Crimea, dan lugar al nacimiento del sintetotipo castelperroniense en Europa occidental y del de tipo Szeletiense en la Europa central y acaso en la oriental.

La tercera y última parte de esta densa obra se ocupa del Epigravetiense franco-cantábrico, tema de interés especial para nosotros. El conjunto

de complejos epigravetienses comprende dos complejos solutrenses (Protosolutrense o Solutrense inferior) y Solutrense medio y superior, tres complejos protomagdalenienses (con piezas abruptas o M. I, con hojitas de dorso marginal y con hojitas de dorso truncado y escalenos o M. II), cuatro complejos magdalenienses (III, IV, V y VI), complejos azilienses y aziloides, complejos sauveterrienses y sauveterroides y complejos tardenoisienses o tardenoides. De este modo se justifica la hipótesis de Laplace, del origen gravetiense final de los complejos solutrenses (con pluralidad de los mismos, incluso en Africa y en Oceanía, como Breuil sostuvo ya) y de los complejos magdalenienses y todo lo que de aquí se deriva.

Consecuencia de lo dicho es el estudio de varios conjuntos típicos incluidos en el Epigravetiense antiguo (Protosolutrense, Solutrense, Magdaleniense I y II), el Epigravetiense evolucionado (Magdaleniense III, IV, V y VI) y el Epigravetiense final (Aziliense, Sauveterriense y Tardenoisiense). Minuciosas tablas nos dan índices completos. Entre los complejos solutrenses se incluyen Reclau Viver y Barranc Blanc. Este último se define como Tardigravetiense antiguo débilmente solutreanizado, que por ahora no puede ponerse, según Laplace, en relación con los niveles solutrenses del Parpalló. Entre los yacimientos del Magdaleniense VI incluye Lumentxa, Bora Gran y Mallada; entre los azilienses, Berroberría, Lumentxa, Valle, Sant Gregori, Areny. Entre los sauveterrienses y tardenoisienses, Filador. Aún considera el autor una serie de complejos regresivos con denticulados, entre los que incluye varios niveles de Berroberría y Lumentxa.

Todo un capítulo está dedicado al Epigravetiense itálico, que el autor ha tenido ocasión de estudiar a fondo. Tras discutir el caso del Paleolítico superior italiano a través de los autores que de él se ocuparon, propone el término de Tardigravetiense para todo lo posterior al Auriñaciense. Lo divide en Tardigravetiense antiguo (con niveles de influencia protosolutrense, solutrense, de puntas de muesca, en diversas facies), Tardigravetiense evolucionado, también con numerosas facies; Tardigravetiense final peninsular, con numerosas facies, entre ellas una ligur y otra provenzal, y el Tardigravetiense final siciliense.

En sus conclusiones el autor insiste en su punto de vista de la evolución *sur place*, a consecuencia de las modificaciones ambientales que hacen variar la fauna y justifican la mutación industrial. La leptolización se producirá al pasar del estadio II al interestadio II-III del Würm, partiendo del Musteriense de tradición achelense terminal, a lo largo del prolongado interestadio de Göttweig (del 46000 al 32000 aproximadamente), de clima inestable. En una fase relativamente templada y húmeda al final del interestadio aparecería el sintetotipo indiferenciado del castelperroniense. Las oscilaciones hacia el Würm III dan lugar al castelperroniense y al protoauriñaciense. Con el clima rudo del Würm III a, se desarrolla el Auriñaciense típico con sus facies regionales. Una oscilación relativamente templada (¿Paudorf?) ve la formación de los complejos gravetienses. Al final del Würm III b (neo Würm, neoglaciar), hace unos 20.000 años, desaparece el Gravetiense evolucionado con buriles de Noailles. El Protosolutrense y el comienzo del Solutrense con puntas de muesca se situaría en las oscila-



ciones regresivas del Würm III b. Con el comienzo del interestadio Würm III-IV aparecería el Protomagdalenense con abruptos; éste es, en opinión de Laplace, al igual que el Protosolutrense, una derivación del Gravetiense final en dos direcciones: una de especialización solutrense, que moriría pronto, y una de regresión protomagdalenense, de rico porvenir. Ésta se desarrolla en el interestadio de Lascaux, mientras el Magdalenense III va con el Dryas inicial, comienzo del Würm IV o tardiglaciario. El Magdalenense IV ocuparía la breve fase templada de Bölling, y el V y VI se desarrollarían en el Dryas antiguo. La regresión del Würm IV hasta la fase templada de Alleröd vería la azulinización del Magdalenense final. A las oscilaciones frías posteriores al Dryas reciente, última fase del tardiglaciario, y del período boreal, siguen el Sauveterriense en el preboreal y el Tardenoiense con la fase atlántica. Las últimas manifestaciones del Leptolítico neolitizado serían contemporáneas de los períodos subboreal y subatlántico.

Termina el autor insistiendo en la existencia de familias filéticas de complejos industriales, en el paralelismo evolutivo, en las mutaciones para adaptarse a las oscilaciones del biotipo, en el contacto cultural en la frontera de los grupos, lo que introduce elementos catalizadores que pueden provocar una mutación.

Una bibliografía escogida, 296 fichas analíticas de niveles estudiados, correspondientes a 159 estaciones, y 25 láminas con centenares de piezas dibujadas completan el ingente material de este libro. Entre las fichas analíticas figuran las siguientes, que corresponden a materiales hispanos: *Abric Romani*, capas IV-XII y capa II; *Areny*; *Barranc Blanc*, niveles VI, V, IV, III, II y I; *Berroberria*, capas IV, III, II-I; *Bora Gran*; *Filador*; *Lumentxa*, capas E, D, C, capa B inferior, capa A y B superior; *Mallada*; *Reclau Viver*, nivel inferior, medio y superior; *Sant Gregori*; *Valle*.

¿Cómo juzgar una obra tan densa de datos y de doctrina? Personalmente no me seduce la idea del sintetotipo y la cosmólisis, aunque, como toda hipótesis, pueda contener una parte de la verdad. La idea de la evolución sobre el terreno no creo que lo explique todo, y seguimos siendo partidarios de la difusión cultural, que en ocasiones se transforma en difusión étnica, sin que por ahora estemos, en la mayoría de los casos, documentados suficientemente para decidir de qué se trata.

El análisis de las piezas, con su sistema de abreviaturas, puede ser perfecto, pero no sirve para que todos lo entiendan y lo acepten. Preferimos las descripciones a las siglas complicadas. Las tablas de clasificación de las piezas, en cambio, nos parecen acertadas y consiguen representar todas las piezas del Paleolítico superior con un número de tipos más reducido que en otros sistemas, lo que me parece una ventaja evidente. Vemos en la tabla reconocida la personalidad de la punta solutrense de aletas y pedúnculo. Seguimos extrañando que las puntas solutrenses se clasifiquen no como puntas, sino como foliáceos. También vemos que faltan conceptos, entre otros, los de microburil y piezas escamosas que han de reunirse en «diversos». Pero este problema de la nomenclatura en el que hemos meditado con frecuencia, lo trataremos en otro lugar con la deten-

ción que merece. Asimismo, en nuestra publicación de Barranc Blanc (Rotova) discutiremos algunos de los conceptos que Laplace aplica al yacimiento.

\* \* \*

Ahora queremos presentar como contraste el magnífico libro que Philip Smith ha consagrado al Solutrense francés, que es por tanto el paralelo del que al Solutrense español dedicó nuestro discípulo y colega Jordá, y que el autor americano tiene muy en cuenta.<sup>2</sup> Se trata de otra obra monumental en la serie de trabajos que nos van dando visiones más completas del Paleolítico superior francés. Doblemente apreciada por nosotros, por darnos esa síntesis tan deseada y por referirse a problemas tan ligados a los que se nos ofrecen a los arqueólogos hispanos en un tema tan vivo como es el Solutrense.

Lo primero que hemos de alabar en el autor es su sensatez y su prudencia. En el capítulo I presenta con claridad los problemas, los enigmas, por ahora insolubles, en esta cultura. El autor toma posición, decididamente, en favor de la continuidad de la cultura solutrense en el complejo de Paleolítico superior. Estamos totalmente de acuerdo, y hemos defendido la misma idea usando el argumento del contexto artístico en el Parpalló, que no tiene interrupciones. Pero aún en este caso no hay que quitar posible dramatismo a la irrupción solutrense. Incluso la comparación hecha por Jordá con la irrupción árabe en España, no es menospreciable, pues no puede perderse de vista que nuestros juicios se basan únicamente sobre útiles pétreos y que nos escapan todos los factores «históricos» que podrían aclararnos el verdadero carácter de una mutación tan violenta en aspectos concretos del utillaje como es el Solutrense. Reconoce el autor que no podemos aún resolver el caso de industrias distintas, aunque vecinas y con elementos muy similares, como ocurre entre el ateriense y el solutrense hispánico.

El autor afirma que intenta descubrir el Solutrense más que investigar sus orígenes y su destino. Sus metas son averiguar su posición en el cuadro evolutivo del Paleolítico superior francés y su cronología; qué indicaciones nos da acerca de su origen; qué significa su reparto en Francia y en España desde el punto de vista de la ecología y de la población; si se pueden aislar zonas culturales dentro de las provincias solutrenses y obtener así datos demográficos o de movimientos de población; los aspectos de la diversidad de las comarcas solutrenses; los períodos y fases del Solutrense y si puede aceptarse que la fase antigua del mismo forme una cultura distinta.

Resume la historia de la investigación de este tema aludiendo correctamente a las opiniones de los arqueólogos españoles. Acaso en el relato de las opiniones sobre la naturaleza del Solutrense se hayan deformado algunas de las posiciones expuestas al no poder relatarlas con todas las reservas y matices que los textos originales presentan.

2. SMITH, Philip E. L., *Le solutréen en France*. Publs. Institut de Préhistoire de l'Université de Bordeaux, Mem. n. 5, 449 págs., 81 figs., 6 tablas, 4 mapas, 3 láms., 21 gráfs. Burdeos, 1966.

El capítulo III, dedicado a la Metodología, plantea una serie de cuestiones previas a la descripción del material que el autor se propone analizar una vez conocidas las interpretaciones que en casi un siglo se han dado del fenómeno solutrense. La subdivisión en Protosolutrense, Solutrense inferior, medio y superior, plantea la primera dificultad. Especialmente el significado del Protosolutrense da lugar a contradicciones. Los períodos solutrenses se superponen cronológicamente según las regiones. En cuanto al valor cultural del Solutrense, el autor, muy razonablemente, cree que no puede hablarse de que conozcamos una cultura por el hecho de poseer una parte de su utillaje y unas ideas sobre su economía.

La discusión del valor del tipo, de la cultura y de los gráficos acumulativos es de un interés evidente. En el autor se nota su formación americana, pues los temas metodológicos han tenido estos últimos años gran difusión en el Nuevo Mundo. La discusión del área cultural y de su transcripción cartográfica muestra su amplitud de ideas. También es ecléctico en cuanto al estudio taxonómico, que es necesario, aunque no debe olvidarse el factor ecológico. Mostrándose partidario de la investigación local o regional, afirma que no intentará estudiar el Solutrense oriental y sus posibles relaciones con el de Occidente, en las que no cree.

El capítulo IV estudia la posición del Solutrense dentro de Würm y su duración, que siempre se ha considerado relativamente corta. En resumen, el Protosolutrense tendría un clima frío y seco, con caída de techos. El Solutrense inferior tiene un clima inestable, más templado y húmedo que antes, frío y más seco al final. Sigue la inestabilidad en el Solutrense medio, cuya base es fresca y húmeda y vuelve a ser seca y fría al final. Con el Solutrense superior se entra en un régimen templado que va acentuando la humedad. En su momento final arrecia el frío y la sequía. En conjunto, el Solutrense francés vivió en un clima relativamente más templado, boreal, continental, con inviernos largos y fríos y veranos cortos, pero cálidos. Sería para Bordes el interestadio Würm III-IV. Para otros autores es la fase de la Dordoña (Müller-Beck) o el período epipleistoceno.

Respecto a las fechas de C 14, son escasas aún. El comienzo del Solutrense inferior, según Smith, podría situarse alrededor del 17000 a. C. El Protosolutrense sería algo anterior. El Magdaleniense más viejo habría aparecido hacia el 15000 a. C. El Solutrense en el SO. de Francia habría durado entre 2.000 y 3.000 años.

Todo un capítulo dedica el autor a discutir la técnica empleada para labrar las magníficas puntas de flecha, haciendo uso de todas las experiencias. Concluye que, aparte el uso de la percusión ordinaria y el retoque abrupto, existe el retoque plano o solutrense, que puede conseguirse por percusión directa, con bastón de madera, hueso o asta, de preferencia al de piedra, por percusión controlada, indirecta, y por presión en determinados casos. Smith cree que esta última manera no excede del 10 por 100 del total.

El autor cree que el artesano solutrense se complacía en la belleza de sus piezas, que acaso, como alguien ha sostenido, eran demasiado frágiles para ser usadas como armas o útiles. Incluso llega a imaginar que nos han

dejado pocas pinturas, grabados y esculturas, por haberse concentrado en expresarse estéticamente en esas bellas obras en sílex.

También cabe pensar en la existencia de talleres especializados, como las 5.000 piezas de muesca de Le Placard parecen indicar.

Para la clasificación, Smith ha seguido esencialmente el sistema de Sonneville-Bordes y Perrot, pero ya advierte sus defectos y el deseo de alcanzar un sistema sobre líneas nuevas. El sistema Sonneville-Bordes apenas dejaba lugar para los tipos solutrenses, y estamos de acuerdo con Smith en que esto es un fallo, pero si se cambia la lista de los esposos Bordes (cosa que no dudamos en proponer para los gráficos de yacimientos españoles), se pierde la posibilidad de útiles comparaciones. Smith lo resuelve tímidamente respetando los números y términos de Sonneville-Bordes, agregando como subdivisiones de estos últimos las variantes que él observa en la realidad. El aceptar en unos casos el criterio de la forma, en otros el de la técnica y en otros el del retoque secundario, sería otro defecto del sistema. Distingue Smith sobre todo las puntas de base plana, en las que establece cinco variantes; las hojas de laurel, para las que fija trece variantes (una de ellas es la pedunculada, no haciéndose mención de la pedunculada con aletas por creerse, suponemos, excepcional en Francia); las de sauce y las puntas de muesca, con cuatro variantes. Entre estas últimas se halla la levantina hispana, que se califica de tipo mediterráneo, y que a nuestro modo de ver cabría subdividir.

Por cierto que al describirla se dice por el autor que la punta de aletas y pedúnculo del Parpalló equivale a una punta con dos muescas y no tiene que ver con las puntas foliáceas pedunculadas. ¡Curiosa manera de pasar por alto un tipo de tan trascendentales consecuencias en varios aspectos! Por poco que se haya manejado el material español, uno se da cuenta de que las puntas bifaces pedunculadas no son sino el eslabón para pasar a las de aletas, entre las que se dan todos los grados posibles hasta los de aletas finas y recurvadas. Y en cuanto a la punta de muesca del Levante español, nos parece claro su progenie gravetiense, y por ello solo creemos que ya merece una individualización.

Así la lista definitiva de la tipología adoptada para el Solutrense francés comprende los 92 conceptos del sistema Sonneville-Bordes, agregando las siguientes variantes:

En el número 69, puntas de base plana:

- A) Simétrica, con toda o la mayor parte de la cara superior retocada.
- B) En forma de lágrima con algunos retoques por ambas caras.
- C) Tipo de «cuchillo de dorso» alargado.
- D) Hoja retocada y apuntada.

En el número 70, hojas de laurel:

- A) Simétrica. Puntigrada en ambos extremos, longitud y anchura medias.
- B) Simétrica, puntigrada en ambos extremos, ancha.
- C) Con base convexa.

- D) Simétrica con base cóncava.
- E) Asimétrica con base cóncava.
- F) Asimétrica, tipo de Montaut.
- G) Punta de Badegoule unifacial.
- H) Pedunculada.
- I) Miniatura.
- J) Muy grande.
- K) Sublosángica.
- L) Alargada con lados paralelos.
- M) Ordinaria, asimétrica.

En el número 72, punta de muesca solutrense:

- A) Típica simple.
- B) Siniestra.
- C) Elaborada.
- D) De tipo mediterráneo.

La segunda parte de la obra está dedicada al Solutrense de Laugerie Haute, que se califica de pilar central en la reconstrucción del Solutrense francés. La tercera parte describe los restantes yacimientos solutrenses de Francia, agrupados por cuencas hidrográficas, partiendo de las estaciones próximas a Laugerie-Haute, por los departamentos del SO., siguiendo por los del centro-oeste y por las regiones loésicas del Norte, Inglaterra y Bélgica, para dirigirse hacia el sur a lo largo de los valles del Garona y del Ródano hacia el Mediterráneo, y terminar en los Pirineos occidentales. Suman los yacimientos solutrenses franceses la considerable cifra de 139, entre los que hay algunos muy famosos y con piezas extraordinarias.

La cuarta parte plantea los problemas generales de los orígenes y naturaleza del Solutrense, y en ella el autor recapitula muchas de las interesantes afirmaciones que ha venido haciendo a lo largo de las apretadas páginas del libro.

Sobre el origen presenta cuatro posibilidades: negar al Solutrense el carácter de verdadera cultura o industria con personalidad; derivarlo del Ateriense o del Esbaikiense africanos a través de España; hacerlo llegar a Occidente del este, a partir del Szeletiense; aceptar su formación indígena en Francia, partiendo de raíces auriñacienses, perigordienses o musterienses.

La primera de estas cuatro hipótesis se desecha como falta de toda base. Para la segunda se discute, en forma muy completa y con juicios ponderados, nuestras propias hipótesis africanistas, aduciendo una serie de testimonios favorables o contrarios y teniendo muy en cuenta las hipótesis de nuestro colega Jordá. Frente a este y otros autores, mantiene, y en ello estamos de acuerdo, la unidad del Solutrense desde el Proto-solutrense. Se inclina por la no relación con el Ateriense tangerino — lo que no compartimos —, pero lo hace en forma moderada, dejando abierta la posibilidad de que se demuestren contactos en dirección España-Ma-

ruecos. Es interesante el que en nota del traductor, o sea el profesor Bordes, se diga que si no se admiten contactos a través del estrecho de Gibraltar durante el Paleolítico, no se pueden explicar las semejanzas entre el Achelense norteafricano y el español.

Tampoco estamos conforme con el autor en hacer empezar nuestro Solutrense hispano en una fase ya avanzada. Seguimos creyendo que, aunque escasos, los indicios de un Protosolutrense en el Parpalló, existen. Pero éste es tema para desarrollarlo *in-extenso* en otro lugar.

Luego combate el posible origen oriental (de Hungría, Checoslovaquia, Rusia). La cronología no se aviene, y si los szeletiensens hubieran llegado a Occidente con las piezas bifaciales, no se explica la presencia de un Protosolutrense en Laugerie-Haute, Badegoule y el Trilobite.

Queda, pues, como hipótesis más verosímil, según el autor, la cuarta de las que hemos indicado. Pasa revista a los yacimientos perigordiensens, donde se puede encontrar elementos de retoque facial, lo que parece darse en algunas puntas de la Font Robert, pero concluye que no parece que se pueda encontrar en el Perigordienso la raíz del Solutrense.

Examinando el posible origen en el Auriñaciense se rechaza la hipótesis sugerida en este sentido por Jordá en 1955. Pero el autor reconoce que de las puntas retocadas auriñaciensens se podría derivar la punta con retoque solutrense. En cuanto al argumento del contraste entre la riqueza del trabajo del hueso en el Auriñaciense frente a la pobreza del mismo en el Solutrense, aduce que en el Auriñaciense V de la Dordoña, el hueso no abunda tampoco. Además, en el valle del Ródano, una serie de yacimientos muestran un Musteriense tardío con elementos que parecen indicar el paso a un Protosolutrense. Es posible que el Musteriense de tradición achelense cuente en la formación del Solutrense.

En definitiva, Smith cree posible que en el futuro se demuestre que el Solutrense se produjo en el valle inferior del Ródano, de un Paleolítico superior generalizado formado por un Auriñaciense local influido por una industria musteroide de tardía supervivencia. El Protosolutrense así formado dio lugar al Solutrense inferior del sudoeste de Francia.

Un último capítulo de conclusiones vuelve a insistir sobre cuestiones generales. La solución del Solutrense como una cultura producida por una evolución en Francia mismo es la más verosímil. Hasta el Solutrense medio existió un período de «incubación».

El comienzo de la expansión protosolutrense habría tenido lugar en un período frío y seco, entre el final del Würm III y el comienzo del Würm III-IV. A partir de este momento cabe una reconstrucción ingeniosa que el autor hace de los grupos solutrensens avanzando hacia el sudeste desde la región del Ródano. Acaso mil años son bastantes para el Solutrense inferior, dos o tres mil años más bastan para toda la evolución de dicha cultura. Con las piezas foliáceas bifaciales nacidas sin estímulo exterior empieza una gran expansión, comprobada por el crecido número de yacimientos de la época, y en algún momento del Solutrense medio los solutrensens penetraron en España (lo que estamos lejos de aceptar). Ciertos elementos del Solutrense superior y final, contemporáneo de una

mejora climática, parecen ser fruto de una influencia de la zona mediterránea francesa. Luego se difunden las puntas de muesca, mientras las puntas de sauce llegan procedentes de la España cantábrica. La facies ibérica del Solutrense español, que, según el autor, desconocedor de los últimos hallazgos en Portugal, se encuentra sobre todo en la fachada mediterránea, puede deber su carácter a industrias locales microlíticas que se reúnen bajo el nombre de gravetiense. En la época final se han producido grupos con sus tipos característicos. El autor reconoce el desarrollo en España de variantes regionales de las piezas foliáceas bifaciales, en especial las simétricas o asimétricas de base cóncava (¿y por qué no las de aletas y pedúnculo?, añadimos nosotros).

El final del Solutrense vio probablemente contactos y superposiciones con el Magdaleniense inicial. Es sabido que algunos, como Jordá, creen que en el Pirineo y en España un Solutrense tardío duró hasta el desarrollo del Magdaleniense III y IV. La presencia de la aguja de coser y de formas artísticas comunes aboga por la realidad de esta conexión.

Smith hace notar que en los dos o tres mil años que el Solutrense pudo durar en Francia se mostró muy conservador en los útiles corrientes, mientras cambió rápidamente en los útiles típicos: piezas foliáceas y puntas. El mundo solutrense habría recibido pocos elementos del exterior, exceptuando los posibles elementos mediterráneos al final del Solutrense medio y, con dudas, los rasgos magdalenienses en el momento final. El área de extensión solutrense se limita a Francia, y aun con vastos espacios en blanco, y en España, está sí, decimos nosotros, en toda su extensión. Acaso hay que aceptar los indicios protosolutrenses de Bélgica e Inglaterra. Las rarísimas piezas de aspecto solutrense halladas en Italia parecen ser el botín o la pieza curiosa recogida por un grupo de grave-tienses itálicos. Puede decirse, pues, que nada hay de esta cultura al este del Ródano.

Unos magníficos cuadros resumen el ámbito solutrense de cada uno de los yacimientos franceses en que esta industria se encontró.

El estudio del habitat solutrense no es menos interesante y va acompañado de un diagrama de Laville sobre la evolución climática del Würm reciente en el Perigord, publicado en 1964. Los establecimientos del Solutrense superior son más numerosos y más reducidos; acaso el clima permitió la habitación al aire libre, en tiendas o chozas. Pequeños serían los grupos u hordas. En algunas cuevas se ha podido comprobar la ocupación durante todo el año. Tenemos datos abundantes de los animales cazados y consumidos. Se dice por el autor que la liebre se comía con profusión en el Parpalló. En realidad era el conejo el animal al que me he referido en mis publicaciones. En la Francia del sudeste, la fauna era una mezcla de tipos árticos y alpinos. La pesca no parece haber sido particularmente rica.

En cuanto a restos humanos, son poco abundantes. Las famosas sepulturas de Solutré parecen ser postneolíticas. Se nos dice que los restos más importantes son los del Parpalló y Barranc Blanc. Los solutrenses pertenecerían al mismo grupo humano que los restantes hombres del Paleo-

lítico superior de la Europa occidental. No se conocen sus sepulturas, y tal vez exponían los muertos.

El problema del arte solutrense también es tratado por Smith, quien reconoce que han sido los prehistoriadores españoles principalmente los que han sugerido que aquél había sido descuidado en las sistematizaciones del arte paleolítico. Ello a pesar que del lado francés han sido varios los autores que aceptaban un arte solutrense (hallazgo de Ferry en Solutré, en 1867; Daleau en Pair-non-Pair y Chabot; recientes estudios de Combier sobre el arte rupestre en el Ardeche y el Gard). En sus últimos años Breuil valoraba las placas pintadas solutrenses del Parpalló y la posibilidad de pinturas rupestres de dicha época. Algunos magníficos frisos en relieve de la época han sido reconocidos siempre. Los descubrimientos de Combier en Chabot y Figuiet, de mamuts, caballos y otros animales grabados, en relación con niveles calificados de Solutrense inferior, las pinturas y grabados en la cueva de Oulen, en lugares que habían quedado cerrados con el Magdaleniense, no pueden ser clasificados más que como solutrenses, como Breuil mismo admitió. El arte de esta región presenta ciertas afinidades con el del Parpalló y la Pileta, pero Smith opina que las diferencias en el contexto arqueológico de ambas zonas son muy acusadas.

Se han señalado vestigios de pintura en Fourneau du Diable, y son bien conocidos los famosos frisos esculpidos de esta última localidad y de Roc de Sers, que presentan ciertas afinidades con los relieves magdalenienses de Anglés sur Anglin. Smith reúne todos los datos sobre obras de arte, grabados sobre piedra o hueso principalmente, cuya atribución al Solutrense es indudable. El conjunto es impresionante, pues se trata sólo de lo que es indudable y en realidad el catálogo debe ser mucho mayor.

El autor inserta aquí la opinión de los prehistoriadores españoles, y una vez más hemos de agradecerle su imparcialidad y objetividad, que no siempre hemos hallado entre nuestros colegas del otro lado del Pirineo. Aduce el criterio que tras nuestros descubrimientos del Parpalló mantuvimos, aunque me atribuye la hipótesis de que el arte solutrense se debe a influencias de Italia y del Norte de Africa, lo que no creo haber escrito nunca. Utiliza (creo que es el único que lo ha recogido) el argumento del motivo rectangular, y recuerda las opiniones de Glory y de S. Blanc, en favor de la edad solutrense para las pinturas de Lascaux. Resume también las opiniones y razones de Jordá y de Ripoll, en favor del arte solutrense.

El autor cree que nuestros argumentos no son decisivos, aunque reconoce la presencia de materias colorantes en numerosos casos, y sugiere que se atribuyan al Solutrense los elementos o motivos que no se hallan en la zona pirenaica (donde el Solutrense es muy pobre) y sí en el Perigord. Otras consideraciones sobre las características del arte solutrense son sugeridas por el autor, dentro del marco tan restringido de hallazgos que él acepta. No admite tampoco que hayan debido existir contactos entre el arte solutrense y el magdaleniense, y deja la cuestión como no resuelta. Por último, reitera la posibilidad de que la actividad creadora en el magnífico trabajo del sílex haya sustituido otras formas de expresión artística.

Para dar forma gráfica a sus ideas sobre el desarrollo regional del Solutrense en Francia, el autor presenta unos cuadros de gran interés. Las zonas que él acepta son: Dordoña y Vezère (con hallazgos de los cinco períodos, que admite, y que son: el proto, inferior, medio, superior y final), Corrèze y Lot (con los tres últimos), Charente (con los tres últimos), Mayenne y Poitou (con el medio), Trilobite y, con duda, norte de Francia, Bélgica e Inglaterra (con el Protosolutrense), Solutré (con el medio), Provenza y región mediterránea (con inferior y medio), Pirineos occidentales y centrales (con medio y superior). Otros cuadros intentan representar la expansión del Solutrense medio desde sus centros en Dordoña, Corrèze y Lot, hacia las restantes zonas francesa y hacia España. Para ésta se coloca la expansión tras un gravetiense contemporáneo del solutrense medio francés, y se prolonga por encima del Magdalenense I y II, que no se señalan para España. Fácil es comprender que no aceptamos esta reconstrucción más que para la España cantábrica, no para el Solutrense levantino o mejor hispano, ya que hoy sabemos que abarca hasta Portugal.

Sugiere también Smith el interés que podría ofrecer utilizar en Europa el concepto de cotradición zonal desarrollado en la Prehistoria americana. Lo hace pensar la serie de elementos comunes que continúan a través de todos los cambios aparentes en ciertos vistosos tipos de utilaje. Rasgos comunes son el uso del hueso y del asta de cérvido, la afición a los útiles ligeros sobre hojas, con especialización de aplicaciones; la economía basada esencialmente en la caza de grandes animales migradores, la habitación en cuevas y abrigos, el interés por el arte naturalista animal, probable carencia de animales domésticos, probables ritos de sexualidad y fecundidad, posibles trajes cosidos al final.

El autor combate la idea frecuente de considerar la Europa occidental como un fondo de saco en el que se han superpuesto las oleadas surgidas de lejanos focos del inmenso continente euroasiático. Cree, y en ello estamos de acuerdo, que la Europa occidental era una región de altas presiones, rica y poblada por gentes de gran inventiva.

Se preocupa luego el autor por la existencia de horizontes y de estilos propios en el interior del Solutrense francés, y traslada a un mapa sus ideas sobre las zonas de cultura del Solutrense tardío en Francia. Éstas podrían ser: Lot y Corrèze, Beune y Vezère, entre Limeuil y Le Moustier, la amplia zona del norte y oeste de la Dordoña, con extensión por las Charentes y norte de la Vienne. Fuera quedarían las zonas de Pirineos centrales, Pirineos occidentales y Solutré.

Un papel destacado habrá tenido el comercio y el intercambio de ideas dentro del mundo solutrense, de cuyo progreso no podemos juzgar. Ni siquiera estamos seguros del uso de las puntas o del arco, ni aun tenemos propulsores de esa época.

El autor intenta reconstruir el proceso demográfico desde las escasas bandas del Solutrense inferior, a través de los grupos del Solutrense medio (una docena acaso de familias, concentradas en un lugar como Laugerie Haute, compárese con el cálculo hecho por nosotros de la horda de un

centenar de individuos en el Epipaleolítico levantino) hasta una cierta dispersión de grupos independientes en el Solutrense superior.

El autor titubea ante la valoración de lo solutrense, y compartimos sus dudas. ¿Eran unos cazadores mejor armados venidos del Este? ¿Representan un progreso o una regresión? Si su armamento era eficaz, ¿por qué lo sustituyeron por las puntas de muesca? Acaso dispusieron de los muertos de manera peculiar, pues no se conocen enterramientos de la época. Acaso también su actitud ante la sexualidad fue distinta. Tampoco parece que conocieran o usaran los llamados bastones de mando.

Frente a la interpretación de una evolución lineal que sugiere Bordes, Smith prefiere la representación gráfica como un árbol con un tronco casi desnudo hasta el solutrense medio, del que salen una serie de ramas, una de ellas la que corresponde a la zona cantábrica española y otra a la zona de Levante, ambas conduciendo al Magdaleniense III.

El autor no acepta extender la expresión de Solutrense más allá de la Europa occidental. El uso de aquélla por Breuil y otros autores (a los que nos sumamos) habría que interpretarlo como una especie de tendencia universal a la producción de piezas foliáceas bifaciales. Menos dispuesto aún está a aceptar los contactos solutrenses con el Nuevo Mundo. Creemos que en el estado actual de nuestros conocimientos tiene posiblemente razón, pero que el problema sigue en pie y no es fácil desecharlo. El mismo autor recoge los datos recientes de hallazgos de hojas de laurel bifaciales en Irkutsk y en el Altai, anteriores al 20.000 a. C., con lo que ya no es tan indefendible la influencia de este «Solutrense» asiático sobre las industrias americanas.

El último apartado del libro trata de sugerir la labor futura pensando en la escasa reserva de yacimientos solutrenses que se poseen en Francia. Se da la lista de yacimientos solutrenses todavía por excavar total o parcialmente. Hacen falta más fechas de C 14. Hay que continuar el análisis de las faunas solutrenses conservadas en los museos. Hay que revisar el problema del arte solutrense sobre la base del reparto geográfico de los motivos. Faltan estadísticas de los yacimientos pirenaicos y españoles. Han de practicarse excavaciones cuidadosas en el valle del Ródano, donde cree que pudo nacer el Solutrense y explorar bien el norte de Francia, Bélgica e Inglaterra, para conocer mejor a los Protosolutrenses que se han señalado en esos países. Será importante precisar los contactos de la zona mediterránea con el Solutrense medio y superior del Perigord.

La obra termina, aparte de la bibliografía e índices, con la estadística tipológica de estaciones clave: Laugerie Haute Ouest, Laugerie Haute Est, Badegoulle, Pre Aubert, La Tannerie, Pech de la Boissière, Les Jeans Blancs, Le Fourneau du Diable, Les Bernoux, Le Roc de Sers, Le Placard, Solutré, Le Figuier, Grotte Chabot, en buena parte tomada de las estadísticas reunidas por D. Sonnevile-Bordes.

\* \* \*

Acabamos de examinar dos obras impresionantes, de métodos y propósitos dispares. Dos autores que dominan los materiales, tan vastos y dis-

persos. Junto con el libro, ya clásico, de Mme. de Sonnevile-Bordes, sobre el Paleolítico superior del Perigord, forman una trilogía en la que vemos realizado lo que durante tantos años habíamos soñado como necesario: la síntesis de ese rico, maravilloso «Leptolítico» francés que para muchos de nosotros constituirá siempre el meollo de toda la Prehistoria. Lamentamos no haber dispuesto de obras como éstas cuando penosamente nos abríamos camino para publicar la primera versión de nuestras excavaciones en el Parpalló. Dios quiera que podamos utilizarlos en la versión definitiva del mismo.

Sería ideal que a pesar de los puntos de vista contrapuestos sobre tantos conceptos, discrepancias que asoman a lo largo de los trabajos reseñados, se pudiera llegar por estos autores a una labor conjunta, la de establecer una nomenclatura común, una lista de tipos que todos pudiéramos aceptar y que permitiera la útil comparación de las gráficas trazadas por prehistoriadores de todas las tendencias. Temo que esa unificación de criterios sea muy difícil de alcanzar en nuestra apasionante y apasionada ciencia. También será difícil que fuera de nuestras fronteras acepten la nomenclatura que los autores españoles preparamos para el próximo Congreso Nacional de Arqueología.

Las discrepancias de interpretación histórica entre los dos autores estudiados no son tan lamentables. Al contrario, son lógicas y aun deseables, ya que enriquecen nuestros puntos de vista. Acaso entre los criterios más radicales y personales de Laplace y los prudentes y más ligados a una gran escuela, de Smith, encontrásemos mayor número de afinidades que las aparentes.

Ambos coinciden en preferir la formación *sur place* de las variantes culturales que se suceden durante el Paleolítico superior o Leptolítico en Europa. El criterio de las migraciones étnicas es relegado a un papel muy secundario, e incluso el de las influencias culturales o difusión cultural se aceptan, diríamos, a regañadientes. Cuestión delicada ante la cual siempre se nos ocurre la reflexión de cuán poco comprenderíamos los movimientos de los vándalos o de los normandos en los tiempos medievales si no contáramos más que con sus vestigios arqueológicos.

Temas, todos los planteados, para mucha reflexión. Y es indudable que nos inclinemos por la prudencia metódica de Smith o por la audaz intuición de Laplace, ambas asentadas en vastos conocimientos y experiencia, las dos obras que hemos resumido ofrecen amplio campo para la meditación y la discusión. Esperemos con afán la reacción de otros sabios prehistoriadores franceses, que nos prometemos comentar desde nuestra ventana hispánica. — LUIS PERICOT.